

LA JUVENTUD URUGUAYA EN LA DÉCADA DEL 60: ¿UN ELEMENTO RUPTURISTA Y AJENO AL RESTO DE LA SOCIEDAD?

The young during the 1960s in Uruguay: a rupturist element and alien to the rest of society?

MANUEL F. MARTÍNEZ RUESTA

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras,
Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Argentina
manuelruستا@yahoo.com.ar

RESUMEN

Frente a las corrientes discursivas del juvenilismo y el adultocentrismo, que pregonan actitudes y características tanto predeterminadas como estereotipadas en "los jóvenes", el presente trabajo plantea analizar su rol en diversos ámbitos sociales durante la convulsionada y larga década del sesenta (1955-1973), en Montevideo, Uruguay. Revivir aquella época a partir de las fuentes del período, retomando la voz de los protagonistas, sin las adjetivaciones forjadas en los años posteriores -que indefectiblemente cubren todo con la pátina de la nostalgia y los proyectos inconclusos- es nuestro mayor anhelo.

Palabras clave: Juventud, Década de 1960, Uruguay

ABSTRACT

Given the discursive currents of youthfulness and adultcentrism that preach predetermined and stereotype attitudes and characteristics of the youth, the aim of the present work is to analyze its role in diverse social ambits during the convulsive and long decade of the 1960s (1955-1973), in Montevideo, Uruguay. To revive that time based on the sources of the period and recover the voice of the leading actors without using forced adjectives forged in later years – which undoubtedly covers everything with a layer of nostalgia and unfinished projects- is our greatest longing.

Key words: Youth, Decade of 1960s, Uruguay

INTRODUCCIÓN

A grandes rasgos, dependiendo del tamiz con que se los considera, las corrientes discursivas que analizan el accionar de "los jóvenes" se pueden dividir en dos grandes grupos. Si bien ambos comparten el describir sus comportamientos desde adjetivaciones estereotipadas y prefijadas por el biologicismo, presentan marcadas diferencias.

El juvenilismo sostiene el protagonismo casi totalizador de los jóvenes en las manifestaciones y

revueltas sociales del período; asignándole a este grupo etario el rol de portador casi natural del cambio, como algo inherente en su ADN, asociando linealmente a estos con un perfil referenciado en el heroísmo, la osadía, el desprendimiento y la preferencia por la acción.

Por su parte, el adultocentrismo les asigna un status de seres inacabados, impulsivos y utópicos; los cuales actúan por emociones espasmódicas casi instintivas y son fácilmente manipulables. Desde dicha perspectiva los jóvenes quedan relegados a un papel secundario en todos los acontecimientos en los cuales participan.

Con miras a desgranar dichos preconceptos, el

procedimiento metodológico del presente artículo parte de definir los conceptos de juventud y generación; para tal fin se tomarán los aportes de referentes como Pablo Vommaro (2017 y 2014), Hugo Biagini (2012), Mariana Chaves (2010 y 2005) y Richard Braungart (1986), entre otros. A continuación, en el apartado “El ocaso del modelo y la conformación del Nosotros”, se buscará entrelazar aquellas nociones teóricas con el objeto concreto de análisis y su contexto de visibilización -Uruguay entre 1955 y 1973-, razón por la cual se hará especial hincapié en describir los cambios políticos, sociales y económicos que estaba atravesando el país; entendiendo esta etapa histórica como un momento de crisis estructural del sistema político económico.

Posteriormente, en las secciones “Los jóvenes y el ámbito hogareño” y “Los jóvenes puertas afuera” -mediante artículos periodísticos, fragmentos de entrevistas a protagonistas y publicaciones de época, entre otras fuentes-, se intentará reconocer e interpretar el papel que desempeñaron éstos en diversos ámbitos de sociabilización; espacios que desde nuestra perspectiva estimularon la construcción de un Nosotros, amplio y plural que aglutinó a diversos grupos etarios. Finalmente, aspirando transitar la delgada línea entre los estereotipos y las generalizaciones por un lado, y el no quitarle su capacidad de agencia por el otro, se buscará demostrar que la crítica al modelo político económico imperante no era patrimonio único de “los jóvenes sesentistas”.

MARCO TEÓRICO

Presentar a “la juventud” como una categoría homogénea y universal sólo es plausible de realizarse invisibilizando una diversidad de comportamientos, intereses, prácticas, creencias religiosas, universos simbólicos y de significados que convergen en ella; categoría, que a su vez, se encuentra cruzada por variables como etnia, género, clase, entre otras. Todo ello evidencia que no es factible hablar de “juventud” en singular, ya que no existe una única forma de ser joven. Por esta razón, muchos autores prefieren hablar de juventudes o utilizar encomillado cuando se refieren a dicho concepto; en este caso decidimos utilizar el abordaje de Vommaro (2017) entendiendo a “las juventudes” como una noción dinámica, sociohistórica y culturalmente construida, siempre situada y relacional.

Por otra parte, y retomando el pensamiento de Bourdieu (1990), las clasificaciones por edad (y también por sexo o por clase) vienen a ser una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse y ocupar su lugar. En efecto, dichos “nomencladores” son producidos desde diversos dispositivos y espacios -los medios de comunicación, el Estado y el mercado de consumo, por citar algunos-; razón por la cual, de ninguna manera cabe pensar que son fortuitos o aleatorios.

Una de estas tipificaciones es la esgrimida por la

corriente adultocentrista; según la cual los jóvenes adquieren distintas adjetivaciones: ser inacabado, desviado, improductivo, peligroso, etc. Para Mariana Chaves, desde la visión del adultocentrismo,

No es la acción misma, sino la posibilidad de la acción lo que lo hace peligroso. Todo joven es sospechoso, carga por su estatus cronológico con la marca del peligro. Peligro para él mismo -irse por el mal camino, no cuidarse-, peligro para su familia -trae problemas-, peligro para los ciudadanos -molesta, agrede, es violento-, peligro para la sociedad -no produce nada, no respeta las normas-. (Chaves, 2005:15).

En cuanto a la adjetivación de ser revoltoso que se le atribuye al joven, ésta se asume desde un estado biocronológico el cual le otorga la supuesta capacidad de rebeldía y revolución sine qua non; pareciera ser que debe enfrentarse a todos, como si existiese un desorden hormonal que posibilita y estimula dicha actitud. La tarea de la transformación social, la oposición o la protesta son su “deber ser”, ésa es la tarea de la juventud, el rol que cumplen en la sociedad y deben interpretar ese papel mientras sean jóvenes, si no lo hacen serán acusados de no desempeñar su misión histórica predeterminada.

Hugo Biagini, en complementariedad con dicha interpretación, sostiene:

Desde ese perfil relativamente singular aparecen matizadamente el inconformismo, la creatividad, el desprendimiento, la preferencia por la acción, la lealtad, etc. Las cualidades mencionadas, además de haber facilitado la acuñación de frases como “de joven incendiario y de adulto bombero”, han hecho que la juventud haya sido glorificada por concentrar todas las virtudes o por su monto de heroicidad”. (2012: 7-8)

Estereotipo que remonta indefectiblemente a la imagen del joven barbudo, con boina, mirada penetrante, descendiendo -fusil en mano- de alguna selva latinoamericana.¹

Intentando alejarnos de los postulados modeladoras del “joven”- que remarcan tanto la apatía y el desinterés como el inconformismo y la rebeldía -, creemos más oportuno utilizar el concepto de grupos de edad, entendiendo a estos como una instancia de articulación de agencia que se desarrolla a partir de los procesos de identificación que producen los sujetos en el marco

¹ Estas representaciones se fundamentan en dos grandes formaciones discursivas. La naturalista que define al joven o a la juventud como una etapa natural biológica y universal; por la que todo individuo debe transitar de la misma forma y realizando las mismas acciones y actitudes predeterminadas. Por su parte, el discurso psicologista posiciona a la juventud como momento de confusión; un proceso psicológico particular y a la vez universal que debe transitar todo individuo. Y que como toda etapa, en forma más o menos veloz, será superada. Para ampliar, véase Margulis y Urresti (1998).

de las interpelaciones; articulaciones de agencia que se fundan, a su vez, en diversas sensibilidades que están entrelazadas con las experiencias sociales significativamente compartidas. En íntima relación con dicho concepto, aparece el de generación; el cual puede ser interpretado como un conjunto de grupos de edades sucesivas.

Al respecto, Pablo Vommaro plantea:

Cada generación, cada producción, cada forma de presentarse, de aparecer, de ser y de estar de los jóvenes no se puede escindir de la situación donde se produce. Es decir, de un tiempo y espacio determinado que, justamente, marcan singularidades que configuran modalidades específicas, con rasgos distintivos y también comunes respecto de otras producciones. (2014:50)

Si bien en rigor, los intentos de caracterización generacional son a la vez ciertos y falsos, naturales y artificiales, el mayor error es querer llegar a fechas, episodios exactos y únicos de inicio y cierre como una especie de "ley histórica". Retomando las palabras de Braungart (1986), en cuanto a la dimensión política de la construcción generacional, no solo debe existir el reconocimiento de un "Nosotros" que identifique al colectivo y sus prácticas singulares, sino que debe haber una marcada coincidencia aglutinadora; para el caso que nos compete, según nuestro entender, esa impronta se consustanció entre 1955 y 1973² bajo un rechazo al orden político y económico vigente.³

Desde mediados de la década del cincuenta diversos indicadores económicos y sociales comenzaron a evidenciar el agotamiento del modelo económico político y social batllista.⁴ Bajo aquel contexto, en pocos años el imaginario colectivo oriental pasó del "Uruguay feliz" a adoptar una percepción primero de

2 Las fechas de corte, entendemos marcaron puntos de inflexión en la historia del país y de la sociedad en su conjunto. La primera evidencia los inicios de la crisis económica, tras el fin de la guerra de Corea (1955), con su negativa incidencia en el modelo agroexportador o neobatllista. Por otra parte, el año 1973 fue la ruptura con la vida democrática y el comienzo del gobierno de facto.

3 A las especificidades ocurridas en el plano nacional cabe sumar algunos episodios internacionales que indefectiblemente repercutieron –con diferentes magnitudes e intensidades– en el suelo local. Estos son la interrupción de los gobiernos democráticos en Argentina, Brasil y Paraguay (1954, 55, 62, 64 y 66), la revolución cubana de 1959, la victoria de la Unidad Popular en Chile (1970) y los procesos de descolonización en Asia y África; sin perder de vista la guerra fría, la cual fue un manto que permeó todo el período.

4 El concepto "Batllista" proviene del caudillo del Partido Colorado, dos veces presidente del país (1903-1907 y 1911-1915), José Pablo Torcuato Batlle y Ordóñez. Período de gobierno reconocido como primer Batllismo; el cual se caracterizó por la dinamización de la economía urbana industrial y el crecimiento de las empresas públicas. A partir del intervencionismo estatal se fomentó ampliar las bases del creciente peso social y político de los sectores populares y medios urbanos. Por neobatllismo se identifica a un nuevo impulso reformista que comenzó a insinuarse bajo la presidencia de Alfredo Baldomir (1938-1943), avanzó durante el gobierno de Juan José de Amézaga (1943-1947) y se consolidó en el período de Tomás Berreta (1947) y Luis Batlle y Berres (1947-1951).

estancamiento y posteriormente de crisis. Como un huracán que lleva todo a su paso, la agudización del deterioro social desmoronó la frágil maqueta en que se había convertido el modelo uruguayo. Disipó la niebla que se imponía ante los ojos de los escépticos, señaló las limitaciones estructurales de la "Suiza de América" y sirvió de sustento para los nuevos discursos opositores.⁵

Es desde ese entramado de incertidumbres frente al complejo panorama que se comenzó a erigir una nueva generación; en donde tanto individuos aislados como colectivos preexistentes desplegaron innovadoras resistencias y prácticas disruptivas con respecto al orden instituido. Entendiendo a esta construcción no desde un corte de índole biocronológico o etario sino teniendo en consideración la concreción de una experiencia social significativamente compartida, una situación que repercutió en su ser, generando un Nosotros, por sobre las especificidades particulares.

Un Nosotros que quizás en un principio pudo llegar a resultar heterogéneo y plural; más aún si se lo considera tanto a partir de su composición –dirigentes políticos, delegados sindicales, estudiantes universitarios y de liceos, obreros urbanos y rurales, artistas, intelectuales, etc.– como desde sus estrategias y prácticas políticas –lucha armada o vía parlamentaria, por solo mencionar dos–. Pero si se lo analiza con detenimiento, se descubrirá que son más los elementos que unen a los que disgregan.

Por aquellos años, en sintonía con ese espíritu de hermandad frente a la monumental tarea a la que eran llamados, Ángel Rama planteó:

En estos mismos años en que han emergido los nuevos creadores, hemos visto agravarse la crisis soterrada del país, resquebrajarse la fachada de una casa cuyas vigas estructurales estaban podridas desde hace tiempo, hemos visto sacudirse la tierra americana donde está instalada. La circunstancia histórica que ha alumbrado el nacimiento artístico de estos jóvenes, o sea la misma que ha afectado a todos los hombres honrados de nuestra cultura, es grave, no admite frivolidades, reclama unidad de esfuerzos para evitar que la casa se nos desmorone o, más bien, para construirla mejor, más firme y sana, sobre la roca pura. (1963:1)

A nuestro parecer, retomando la perspectiva de Rama, ese proyecto colectivo por oponerse al giro violento y elitista que estaba tomando el Estado uruguayo, no fue específico de un sector de la juventud, sino que este actor social formó parte de ese todo más amplio, heterogéneo y convocante. A medida que aquel marco de continua socialización se corporizaba, sus distintos miembros

5 Desde esta perspectiva, es plausible retomar las palabras de Laura Kropff cuando planteó que la dinámica de las generaciones produce sentido en torno al flujo de la experiencia social, otorgando interpretaciones que fijan coordenadas temporales para marcar continuidades y rupturas en el (los) sentido(s) de devenir a partir de la inscripción de las experiencias originarias como mojones en el flujo del tiempo (Kropff, 2011:8).

fueron apropiándose, modificando y resignificando programas concretos, prácticas e imaginarios que regeneraban aquel entramado vivo, múltiple y complejo al que nosotros identificamos como la generación del sesenta.

Con dicha perspectiva no se le pretende quitar capacidad de acción a “los jóvenes” o no reconocerlos como un actor social en sí. No se intenta quitarles protagonismo, ni desconocer sus particularidades; lo que se plantea es incluirlos como un elemento más de aquel nuevo entramado social que se constituyó en un contexto sociohistórico macro entre los años 1955 y 1973.

Por último, cabe recordar que en un mismo momento histórico pueden coexistir —muchas veces en tensión— diferentes maneras de producir juventudes y de ser joven (Ghiardo, 2004: 44); situación que se vivió en Uruguay, durante la larga década del sesenta. En éste período, siendo reduccionistas, es plausible apreciar dos importantes tendencias antagónicas dentro de la “juventud”. Una catalogada como “de derechas”, que aglutinó a movimientos como el Frente Estudiantil de Acción Nacionalista (FEDAN), la Liga Estudiantil Democrática (LED) y la Juventud Uruguaya de Pie (JUP), bajo consignas vinculadas a la defensa de la patria –entendiendo por tal la protección del orden institucional y social establecido–, la tradición y el anticomunismo.⁶

La otra, identificada como “de izquierdas”⁷ –que poseía entre sus preceptos ideológicos “la patria grande”, la reforma agraria, el artiguismo y la construcción del “hombre nuevo”– será el grupo a analizar en el presente artículo. Es decir, que cuando en las siguientes páginas se mencione la palabra jóvenes se hará referencia a una porción de esa población; a la catalogada como “de izquierdas”.

EL OCASO DEL MODELO Y LA CONFORMACIÓN DEL NOSOTROS

En pleno desarrollo de la década del sesenta, el escritor Luis Benvenuto señaló:

Luego de haber alcanzado –sin que el uruguayo medio sepa bien cómo y por qué– el nivel de vida más alto de América Latina, las fórmulas de convivencia política más saludables, la organización social más amable, el tono de vida más sonriente y despreocupado, el espléndido edificio comenzó a resquebrajarse rápidamente. (1967:104)

⁶ Al respecto, véase Broquetas (2015).

⁷ En el plano nacional, durante el período que nos compete se constituyeron múltiples organizaciones de izquierda, enriqueciendo la histórica dualidad entre los partidos socialista y comunista: la Organización Popular Revolucionaria-33 Orientales (OPR-33), el Movimiento de Liberación Nacional- Tupamaros (MLN-T), la Federación Anarquista Uruguaya (FAU), el Grupos de Acción Unificadora (GAU), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Frente Amplio (FA), entre otros. Para ampliar, véase Rey Tristán (2005).

Sin lugar a dudas la etapa transcurrida entre la finalización de la guerra de Corea y el inicio de la dictadura cívico militar significó, en el mediano y largo plazo, un avance en el desmontaje del modelo económico social batllista y la adopción –no sin zigzagueos–⁸ de otro de inspiración neoliberal, que recién terminaría de configurarse décadas más tarde.

Cabe señalar que el cambio de paradigma y contexto político no fue abrupto, muy por el contrario el sistema fue mostrando paulatinamente signos de envejecimiento; que si bien primeramente se maquillaron –gracias a un acercamiento al Fondo Monetario Internacional (FMI) desde 1959 y al arribo de capital foráneo, mediante el proceso de extranjerización del empresariado industrial–, con el paso de los años ya se tornaron indisimulables. La caída internacional del precio de la carne y la lana, sumado al aumento de las restricciones a las importaciones colocadas por las grandes potencias, estaban golpeando fuertemente la base del “Estado de bienestar” batllista; el cual veía socavado su rol dentro de la división internacional del trabajo.

A nivel político, la primera víctima fue el Partido Colorado que resultó derrotado en las elecciones presidenciales de 1958 tras una hegemonía iniciada en el siglo XIX; con aquella rotación, un amplio sector de la ciudadanía vio el camino posible para salir de la crisis; pero ese espejismo se disipó rápidamente. Tras un gobierno blanco que aplicó medidas de corte liberal⁹ –lo que agudizó la pauperización de los sectores más vulnerables–, en las elecciones de 1962 si bien se mantuvo el Partido Nacional en el gobierno, se produjo un desplazamiento del sector Herrero-Ruralista a favor de una corriente de base mayoritariamente urbana (la Unión Blanca Democrática) que intentó morigerar la crisis mediante medidas como la ampliación de las obras públicas y un mayor control a la especulación financiera; pero no logró revertir el espiral inflacionario, la sequía de 1965, la presión del FMI y la banca privada pudieron más. El retorno de los colorados al gobierno en 1967, bajo la fórmula Oscar Gestido / Jorge Pacheco Areco, evidenció ya definitivamente la falta de proyectos alternativos. Las consecuencias más inmediatas fueron la suba de los índices de desocupación y migración, y la fuerte caída del consumo interno.¹⁰

Desde la perspectiva de Costa Bonino (1985), dicho panorama era la consecuencia última de un proceso de decadencia económica y política que tenía entre

⁸ Entre los que se destacan el segundo gobierno blanco (1962-1966) y su estrategia económica vinculada al desarrollismo pregonado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y los primeros “cien días” del gobierno del Presidente Oscar Diego Gestido (1967), antes de la crisis ministerial y el retorno a la política fondomontarista.

⁹ La ley de reforma cambiaria y monetaria, y la quita de las barreras proteccionistas destinadas a defender la industria local, fueron algunas de las medidas más importantes.

¹⁰ Un espiral inflacionario que entre 1962 y 1967 alcanzó un promedio anual del 60% –que llegó a ser de un 183% entre junio de 1967 y junio de 1968–, y una diáspora de más de 200 mil orientales, son algunas de las cifras más resonantes. Al respecto, véase Nahum (1998).

sus protagonistas a los sectores blancos y colorados que habían gobernado mediante un juego de alianzas desde el Pacto de la Cruz, en 1897.¹¹ Política de consenso refrendada en varias oportunidades –cada vez con mayor frecuencia y menor rédito– que impedía generar medidas innovadoras que ayudasen a mitigar el creciente malestar social, so pena de perder los beneficios adquiridos; dicha rigidez programática llevó a que frente a las protestas sociales la “estrategia del consenso” –típica práctica batllista– decante en la del “amedrentamiento”.¹²

Fue bajo este panorama que entendemos se comenzó a constituir la generación del sesenta; fruto del descontento con el accionar de los partidos tradicionales, los cuales eran denunciados tanto por sus redes de clientelismo y corrupción solapada, como por su inoperancia a la hora de solucionar la crisis económica. Ya cuando la violencia estatal¹³ y la cada vez más marcada polarización social resultaban imparables, la crítica fue redirigida a la estructura del sistema y a sus características intrínsecas; sistema que por otra parte cada vez más poseía una configuración de poder parecida a una élite: una cima unificada de dominación política, económica y social.¹⁴

La sociedad se encontraba en alerta frente a la agobiante realidad que ponía en tela de juicio los cimientos del “Uruguay feliz”. Si antes de la crisis distintos sectores habían estado al margen de la “arena política”, esa percepción de desasosiego los impulsó a salir del aislamiento y comenzar a frecuentar otros espacios y ocupar nuevos roles. A partir de dicha predisposición se forjó la idea de un Nosotros, aunque germinal, no del todo delimitado y tangible, un Nosotros al fin y al cabo. Aquella marea de cambio fue constituida por variopintos entramados sociopolíticos, entre los que se destacaron: estudiantes de liceos y universitarios, obreros urbanos (mayormente fusionados en la Convención Nacional de Trabajadores), obreros rurales (remolacheros, cañeros y arroceros, entre otros.), partidos políticos de izquierda (PS, PC y FA) e intelectuales.

Por otra parte, cabe señalar que si bien muchos individuos se mantuvieron como espectadores pasivos y/o directamente como detractores –como el ya citado caso de “las derechas”–, y que otros fueron atraídos fugazmente por la enorme fuerza emotiva de los acontecimientos para rápidamente alejarse de ellos, el rasgo dominante del período fue la dimensión de masas que adquirió la actitud de disconformidad y enfrentamiento frente al giro elitista y violento que había tomado el Estado.

11 El mismo dividió de hecho al país en dos territorios, con dos gobiernos paralelos; uno blanco y otro colorado.

12 Para ampliar dicha temática, véase Minello (1976).

13 Entre las prácticas estatales referidas a la privación de la libertad de expresión cabe mencionar las clausuras totales, suspensiones y requisas de diarios, semanarios y emisoras radiales; así como también prohibir el funcionamiento en forma temporal o permanente de varios partidos y organizaciones de izquierda.

14 Al respecto, véase Real de Azúa (1971).

LOS JÓVENES Y EL ÁMBITO HOGAREÑO

“Los jóvenes” de los sesentas son comunmente presentados como seres utópicos e idealistas que se entregaban sin miramientos a sus proyectos revolucionarios; amparados en dicho modelo cabe preguntarse ¿Dónde adquirieron ese “extremismo ético”? Y la respuesta es, mayormente de su hogar. Aquellos preceptos no eran algo ajeno a la tradición política uruguaya; ya en el siglo XIX, el movimiento encabezado por Aparicio Saravia (1856-1904) aplicó el sentido de entrega al exigir la vida y los bienes al partido en pos de la libertad y la victoria blanca. A su vez, desde sus raíces, el proyecto batllista desarrolló una idea de compromiso social y solidaridad de clase en donde primaba el bienestar colectivo por sobre el individual. A esos hitos históricos cabría añadir el suicidio de Baltasar Brum en 1933 –en señal de oposición al golpe de Estado de José Luis Gabriel Terra–, la extensa trayectoria con la que cuenta el país en referencia a la recepción de exiliados de diversas partes del mundo, la política de neutralidad en las dos guerras mundiales y la conformación, en la década del 30, de los Comités de Apoyo a la España republicana.¹⁵

Es decir que los principios de solidaridad y entrega no eran ajenos para la sociedad uruguaya. Al respecto, creemos ilustrativas las respuestas brindadas por tres importantes dirigentes del Movimiento de Liberación Nacional –Tupamaros,¹⁶ cuando la historiadora Clara Aldrighi (2009) les consultó ¿A qué tradición política se vinculaba su familia? y ¿Qué pensaba ésta sobre la violencia como instrumento de lucha política?

Mauricio Rosencof sostuvo: “Mi viejo era bolche: se definía “Sindicato Único de la Aguja, Filial UGT”... Mi vieja, en los años treinta, tejía calcetines para las Brigadas Internacionales en España” (37). Por su parte, Eleuterio Fernández Huidobro señaló: “Mis tíos, todos españoles, fueron militantes activos en apoyo a la República española” (67); por último, Henry Engler expresó: “Mi padre, alemán, combatió en la primera guerra mundial. Luego ingresa en el movimiento de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Perseguido, escapa de Alemania. Trabaja activamente a favor de la Unión Soviética, incluso en un intento de golpe de Estado en Turquía contra Mustafá Kemal, en 1924. Es deportado a Brasil, donde participa de un movimiento revolucionario. Al llegar a Uruguay se tranquilizó” (173).

Otro elemento a tener en consideración es que el cuestionamiento de “los jóvenes” era al Estado uruguayo, al sistema económico liberal, pero no a los cimientos culturales. Tal como describieron Esther Ruiz y Juana Paris, “los jóvenes militantes de los sesentas no pensaban en cambiar las relaciones de género, ni de pareja; por ello se mantuvo arraigado el machismo, la tradición del casamiento y una fuerte discriminación a

15 Para ampliar, véase Yanes (2017).

16 El mismo fue el movimiento político en armas más importante de la década del sesenta, en Uruguay.

los homosexuales, entre otros elementos” (1998:227). En consonancia con dicha perspectiva, el historiador y periodista Mauricio Cavallo Quintana, luego de realizar una extensa cantidad de entrevistas a mujeres tupamaras para su libro *Guerrilleras, la participación femenina en el MLN-T*, planteó:

La visión de algunas mujeres integrantes del MLN-T es crítica con respecto al trato que recibieron dentro de la organización ya que se refieren a que existía cierto grado de “machismo”, porque en ocasiones no se las tenía en cuenta en su verdadera dimensión, e incluso se las exponía a situaciones un tanto degradantes, por ello aseguran que en más de una oportunidad se ha definido al MLN-T como una agrupación patriarcal. (2011:127)

LOS JÓVENES PUERTAS AFUERA

En el heterogéneo y bullicioso ámbito cultural uruguayo la crisis estructural del sistema no pasó desapercibida; y el campo de la historiografía no fue la excepción. A mediados de la década del cincuenta, tuvo lugar la aparición de las primeras camadas de egresados tanto de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República como del Instituto de Profesores Artigas;¹⁷ este hecho sumado a la influencia de catedráticos -por entonces ya célebres- de la talla de Carlos Real de Azúa y Vivian Trías, y una actualidad que ponía en tela de juicio los cimientos de la historia oficial, estimularon lo que sus contemporáneos identificaron como “revisiónismo”.

Aquella corriente abrió un nuevo paradigma abandonando la visión exclusivamente montevideana y unas temáticas ancladas en el período colonial e independentista donde primaban los aspectos políticos, jurídicos y militares. Se comenzó a hablar de antiimperialismo y patria grande, se reivindicó la postura social de Gervasio Artigas y no solo su aspecto militarista,¹⁸ se avanzó en el tiempo que era objeto de análisis (tornando más cercana- en el doble sentido temporal y emocional- la indagatoria), y se abrieron espacios de investigación vinculados a áreas económicas, demográficas y culturales.¹⁹

En la década de 1960, según los propios academicistas del período, dentro de la historiografía era pertinente

¹⁷ La Facultad fue creada en 1945, al amparo de la ley 10.658; mientras que el Instituto abrió sus puertas en 1950.

¹⁸ En referencia a la búsqueda por transformar la concepción historiográfica, véase Jacob (1969).

¹⁹ Aquella transformación ideológica también salpicó los lineamientos programáticos tanto del partido socialista como del comunista; los cuales modificaron no solo a sus dirigencias históricas - Vivian Trías y Rodney Arismendi reemplazaron a Emilio Frugoni y Eugenio Gómez respectivamente - sino también su oratoria y estrategia electoral. Entre las variaciones cabe destacar que viejos caudillos revolucionarios fueron rescatados del olvido, se estimuló un acercamiento a los trabajadores rurales y se hizo hincapié en las problemáticas nacionales y latinoamericanas en detrimento del eurocentrismo.

hablar de la manifestación de la tendencia denominada “nueva historia”. Esta camada -intregada por José Pedro Barrán, Benjamín Nahum y Juan Antonio Oddone, entre otros- consolidó la renovación iniciada tiempo atrás.

La plena vigencia de la crisis que azotaba el país, incitó la necesidad de reconocer los orígenes de la misma para así poder comprender mejor el presente y contribuir a mejorarlo. Esta actitud conllevó una mayor preocupación por el rigor metodológico, la voluntad de constituir grupos de investigación interdisciplinarios, así como también focalizarse en la objetividad -no como resultado de la eliminación de los juicios de valor, sino desde su formulación explícita, planteando en forma transparente las hipótesis y supuestos desde los que se partía-. En referencia a la continuidad o no entre las corrientes historiográficas señaladas, la historiadora y por entonces miembro de la “nueva camada”, Silvia Rodríguez Villamil arguyó:

Somos conscientes de que prácticamente lo que reivindicamos los jóvenes que hoy se están formando, ya ha sido señalado con mayor o menor énfasis por los historiadores del 45 en adelante. La diferencia radica únicamente en que los que fueron hasta ahora postulados teóricos avanzados, surgen hoy como imposiciones de la propia realidad. La preocupación por el presente es ya de una urgencia ineludible. (1969:137)

Este acercamiento a la realidad nacional, el cual implicó poner en debate los basamentos teóricos del modelo político económico imperante, no quedó restringido a los claustros académicos. Para el período que estamos analizando se vivieron dos importantes movilizaciones estudiantiles en 1958 y 1968, que en gran parte fueron reflejo y a la vez causa de esa nueva visión inquisidora. Si bien ambos acontecimientos presentaron diferencias, las banderas reivindicativas desplegadas poseyeron similitudes y continuidades bien marcadas: autonomía universitaria, participación del estudiantado en la política universitaria -ley orgánica mediante-, falta de vacantes, carestías edilicias, aumento presupuestario, fueron algunas de las demandas.²⁰

Otra de las grandes semejanzas que exhibieron estas manifestaciones estudiantiles/docentes fue que no se llevaron a cabo aisladas del resto de la sociedad, sino que contaron con el respaldo explícito de variados espacios. Lamentablemente los asesinatos de los estudiantes -Liber Arce, Hugo de los Santos y Susana Pintos- a manos de la policía en 1968, demostraron, desde las circunstancias menos deseadas, esa hermandad entre los estudiantes y el resto de la población; cuando los cortejos fúnebres reunieron en las calles montevidianas a miles de ciudadanos cansados de los atropellos llevados a cabo por el régimen pachequista.

²⁰ Por falta de espacio se decidió no ahondar en las ricas especificidades que presentaron los dos casos mencionados. Para ampliar, véase Landinelli (1989) y Markarian (2012).

A su vez, desde fines de la década del cincuenta, el movimiento sindical fue afianzando su vínculo con la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) a través de la construcción de ámbitos compartidos, como el Plenario de la Cultura y el Pueblo Trabajador (1958), de donde se enarboló la consigna “obreros y estudiantes unidos y adelante”. Otro espacio de confraternidad fue el Congreso del Pueblo, organizado en 1965 por la Convención Nacional de Trabajadores; allí asistieron 1378 delegados, representando a 707 organizaciones sindicales, barriales, religiosas, estudiantiles y cooperativas para finalmente construir el Programa de Soluciones a la Crisis.²¹

En referencia al rol activo y participativo de los estudiantes en las acciones colectivas con miras a superar la etapa actual, José Luis Massera -distinguido académico y por aquel entonces uno de los máximos referentes del PC uruguayo-, señaló:

En las condiciones actuales de nuestro país, es posible forjar un frente muy amplio para la lucha en defensa de la cultura, la Universidad y la enseñanza pública, un frente de fuerzas de estudiantes, educadores, universitarios, científicos e intelectuales, que se enlace a la acción de las masas trabajadoras que combaten por un cambio progresista en la vida del país. (1960:141)

Aquel clima espeso, de efervescencia y desasosiego frente al desmoronamiento del modelo político económico también empapó al “mundo escrito”. Periódicos de agitación como *Época*²² y *Ya* nacieron en aquellos años y lograron posicionarse -pese a las dificultades financieras- como los valuartes del periodismo independiente en oposición a la prensa casi monopólica de los grandes grupos económicos. En sintonía con ese espíritu contestatario se constituyeron las editoriales *Alfa* (1958) - cuyo slogan era “promoviendo las letras nacionales”-, *Banda Oriental* (1961) y *Arca* (1962); a la vez que vieron la luz publicaciones periódicas como *Nuestro Tiempo* (1954), *Mundo Nuevo* (1966), *Capítulo Oriental* (1968), *Enciclopedia Uruguaya* (1968) y *Nuestra*

21 Entre sus lineamientos se destacaron: promover una reforma agraria, estimular una modificación tributaria (impuesto a la renta personal y al patrimonio); fomentar una reforma crediticia y bancaria; organizar un plan de viviendas para los más desprotegidos y aumentar el presupuesto destinado a la educación pública. Al respecto, véase Machado Ferrer y Fagúndez Ramos (1987).

22 Entre 1962 y 1967, años en que se mantuvo en pie, el diario *Época* se constituyó como la gran empresa editorial de la izquierda independiente. Con la excepción del PC, que se mantuvo aislado con su periódico *El Popular*, en ella participó prácticamente toda la izquierda uruguaya.

Tierra (1969)²³, destinadas a difundir y analizar aspectos culturales, sociales e históricos de la vida nacional. Todos aquellos ámbitos, demandados por el público y las nuevas circunstancias que atravesaba Uruguay, se convirtieron en focos de cuestionamiento al régimen imperante y lugares para reflexionar sobre que pasos se debían seguir.

En cuanto a la literatura, las novelas que anunciaron -como los inaugurales relámpagos de una copiosa lluvia tropical- la caída del endeble modelo y la angustiante situación que se avizoraba, fueron: *El astillero* (1961) de Juan Carlos Onetti, *Gracias por el fuego* (1963) y *El país de la cola de paja* (1960) de Mario Benedetti, y *Con las primeras luces* (1966) de Carlos Martínez Moreno. “Convéznase, abuelo. Los partidos tradicionales están en vías de descomposición. ¿Dónde están los Batlle, Saravia, Brum, Herrera? Todos bajo tierra. (...) Los grandes partidos ni siquiera tienen coherencia interior y la gente se está dando cuenta. No van a votar etérnamente a esos hombres”; sentenciaba Gustavo Budiño, el hijo del protagonista, en *Gracias por el fuego* (1963:109).

Para sorpresa de algunos, los primeros en evidenciar la decadencia y descomposición social de aquel entonces distaban mucho de ser “jóvenes”; Onetti había nacido en 1909, mientras que Martínez Moreno en el 17, y Benedetti tres años después. Lo que no caben dudas es que bajo aquella triada se configuró la narrativa de los por entonces novicios Jorge Sclavo, Eduardo Galeano, Juan José Lacoste, entre otros. Aquello fue una continuidad, una complementariedad en la lucha contra el sistema, un “vamos juntos”, un Nosotros vs. un ellos retrógrada, elitista y conservador.

En alusión al espíritu contestatario de la época y a la idea de proceso que envolvía la lucha antisistémica, en 1972 Ángel Rama sostenía:

Todos estos productos se sostendrán unitariamente por una misma operación intelectual: el cuestionamiento de las formas establecidas, problematizándolas (...) Del mismo modo que en los órdenes políticos hubo un largo tiempo de crítica a los gobernantes, meramente, antes de implicar en forma directa al sistema, primero legal y luego social y económico que lo permitía, del mismo modo en las letras, en el arte, en los estudios históricos y sociales se merodearon conductas, estilos, temas establecidos, en una discusión frecuentemente menor, antes de abarcar la totalidad del fenómeno cultural. (1972:32)

Idéntica situación se suscitó en el campo de la poesía, en donde no existió una ruptura entre los “gerontes” y los “nuevos”. En 1963, el mítico semanario *Marcha* dedicó

23 Un importante espacio de debate y concientización política; en donde, a partir de investigaciones de neto carácter científico, se dialogó con otro público y bajo otros términos. Las colaboraciones de especialistas como Carlos Real de Azúa (nº 34), Roque Faraone (nº 25), Alberto Methol Ferré (nº 35) o Antonio Pérez García (nº 17), permitieron abordar temáticas tan complejas y nodales como el rol de los medios masivos de comunicación en el Uruguay contemporáneo, la conformación de la clase dominante rioplatense, el desarrollo agropecuario y hasta la crisis económica que asolaba al país.

una sección a los jóvenes, bajo el título “Bienvenida a los jóvenes”. La misma presentó varias notas en donde los jóvenes más prominentes de diversas áreas de la cultura (plástica, literatura, música, cine, teatro y ballet, entre otras) respondieron el cuestionario realizado por el Coordinador Ángel Rama. Este consistía en cuatro preguntas guía, de las cuales nos detendremos en dos. 1- ¿Se puede afirmar que en los últimos años ha aparecido una nueva generación cultural uruguaya? ¿Ud. se siente un integrante de ella? ¿Quiénes otros ya sea en todas las actividades o géneros literarios, ya exclusivamente el que Ud. practica? 2. ¿Tiene algún rasgo artístico o ideológico distinto que le confiera unidad?. A lo que el poeta Milton Schinca (1926-2012)²⁴ respondió:

Mirando así, desde dentro, me parece que en lo sustantivo, todos pertenecemos a un mismo movimiento, a una onda muy amplia de nuestras letras, que abarca sin ruptura apreciable desde el 45 hasta exactamente hoy; gente que en su mayoría me parece implantada en el mundo de modo básicamente parecido, queriendo en letras más o menos lo mismo, obrando con una escala de metas y valores que no se ha modificado en lo esencial (...) Ha de ser porque la realidad histórica nos golpea cada vez más fuerte, y nos hace sentir con mayor nitidez que, por encima de diferencias adjetivas, nos hermana una misma misión trascendente y una responsabilidad común, a la que así, en común, debemos responder. (1963:4)

Bajo las mismas dos consultas, el dramaturgo Mauricio Rosencof (1933-) planteó:

En teatro, los del “40” y los del «60», tenemos sólo o fundamentalmente, una diferencia de edad. Esto, a mi entender, no alcanza para establecer una separación generacional. Si tomamos las obras de unos y otros, vamos a encontrar más elementos comunes que rasgos que las diferencien. (1963:5)

En cuanto a la música, la nueva camada de artistas que surgieron en la década del sesenta -arengando con sus voces y guitarras las movilizaciones y protestas sociales en pos del mítico hombre nuevo- fue conocida con el rótulo de “Canto de Protesta”, en alusión a los Festivales de la Canción de Protesta que se efectuaron en Cuba tras la revolución de 1959. Esta corriente, a la cual algunos autores como Ernesto Donas y Denise Milstein (2002) presentaron como la primera generación de la canción popular, contó entre sus máximos exponentes con el dúo Los Olimareños -constituido en 1960 e integrado por José Luis Guerra y Braulio López-, Alfredo Zitarrosa (1936-1989) y Daniel Viglietti (1939-

²⁴ Desde obras como *Pepe el oriental*, *El dandy de tontovideo*, y *Guay, Uruguay* pregonó un arte de denuncia, que estimulase el combate y la concientización social.

2017), entre otros. Cantautores que desde sus letras de denuncia supieron ejercer una fuerte injerencia política transmitiendo el sentimiento y el pensamiento “de la gente común y su quehacer cotidiano” -primero de contextos rurales y luego también urbanos-. En referencia a dicha especificidad discursiva, en 1972 los Olimareños señalaron al periódico argentino *Así*:

Nuestra intención era crear algo distinto. Quebrar el esquema existente del folklore para proyectarlo hacia una transformación de fondo. Se vivía una realidad folklórica colonizada, no se miraba hacia adentro, a lo que teníamos. No se escribían canciones que hablaran del pueblo y sus necesidades. (1972:28)

Si bien, tal como lo plantean sus protagonistas, esta camada buscó diferenciarse de sus antecesores, al realizarse una mirada más profunda es posible apreciar que las continuidades fueron mucho mayores que las rupturas. El mismo se trató de un movimiento heterogéneo y ecléctico en el que convivieron elementos clásicos del cielito, la milonga, el tango y el folklore. Por otra parte, si bien se agregaron nuevos sonidos como el candombe y la guitarra eléctrica, la propuesta musical continuó siendo mayormente acústica, con voz y guitarra como elementos centrales. A su vez, muchos de estos nuevos artistas retomaron letras de históricos poetas como Cesar Vallejo, Bartolomé Hidalgo, Nicolás Guillén, Miguel Hernández y León Felipe.²⁵

PALABRAS FINALES

La larga década del sesenta en Uruguay fue un período de fuerte crispación social ante el imperante desmoronamiento del batllismo; el cual con leves modificaciones había logrado sobrevivir desde principios de siglo. Tán arraigada estaba la estructura que cuando sus cimientos comenzaron a desmoronarse la crisis no fue sólo económica. La sociedad como un todo sintió el espasmo: los arquetipos y los estereotipos que presentaban a Uruguay como “la Suiza de América” o “el país feliz” quedaron para la nostalgia de un tango.

Las reacciones fueron in crescendo desde 1955 cuando el modelo comenzó a mostrar sus iniciales síntomas de estancamiento. La primera víctima fue el Partido Colorado que perdió su hegemonía después de más de medio siglo; con el paso de los años y el derrumbe de la industria nacional -con su correlato en el aumento de los despidos, la precarización laboral, la inflación y el recorte presupuestario-, la mirada recayó sobre el sistema político económico en general.

Ya no se acusaba a colorados o blancos por las

²⁵ A modo de ejemplo el disco *¡Qué pena!* de Los Olimareños [Orfeo. 1972] cuenta con letras de León Felipe y Miguel Hernández; mientras que en *Canciones Chuecas*, de Daniel Viglietti [Orfeo. 1971] se encuentran Bartolomé Hidalgo, Cesar Vallejo y Nicolás Guillén.

penurias que se debían afrontar diariamente, sino a la clase dominante en su conjunto. Frente a la implementación de medidas liberales y al aumento de la censura y represión estatal, distintos sectores de la población se aglutinaron en un Nosotros –heterogéneo, zigzagueante y germinal- pero un Nosotros al fin. Como buscamos demostrar en el presente artículo, en ese arco que incluyó a catedráticos, artistas, obreros urbanos y rurales, estudiantes, dirigentes políticos de izquierda, etc. no primó el elemento etario (biologicista) sino el descontento frente al contexto socioeconómico que les tocó vivir, y al cual se resistían a aceptar sin miramientos.

Ese poner en duda “las verdades reveladas” omnipresentes por décadas, empapó con un nuevo brío a diversos ámbitos sociales que estaban aletargados. Aquellos espacios rápidamente vivenciaron diversas transformaciones internas: el terreno historiográfico transitó la aparición de nuevas corrientes –“la revisionista” y “la nueva historia”-; el mundo editorial presenció la fundación de firmas como *Alfa*, *Banda Oriental* y *Arca*; así como también la de los semanarios *Nuestro Tiempo*, *Mundo Nuevo*, *Capítulo Oriental* y *Nuestra Tierra*; y periódicos de la talla de *Época*.

Por otra parte, fruto de ese espíritu confrontativo surgieron espacios como el Plenario de la Cultura y el Pueblo Trabajador (1958), el Congreso del Pueblo (1965) y el Frente Amplio (1971), en donde confluyeron federaciones estudiantiles, sindicatos, organizaciones barriales, cooperativas, etc. En todos ellos el elemento común fue la convivencia y la complementariedad entre distintas capas de orientales, que luchaban por hacer visible la pauperización de los sectores más humildes, a la vez que transparentar las limitaciones sistémicas del modelo político económico imperante.

Esa voluntad por hacer y decir llevó a que el “canto popular” desempolvase las letras de Nicolás Guillén, León Felipe y César Vallejo, o a que las nuevas capas de poetas, novelistas y directores de teatro no encontrasen mayores diferencias con sus antecesores inmediatos, sino por el contrario se sintiesen partícipes de una misma responsabilidad; responsabilidad a la cual hicieron alusión –en diversas publicaciones de la época, transcritas a lo largo de estas páginas- figuras como Milton Schinca, Ángel Rama, José Luis Massera, entre otros.

La ruptura, al contrario de lo que postulan las corrientes juvenilistas y adultocentristas, no se gestó entre los “jóvenes revoltosos” y sus “padres momificados”; sino entre dos concepciones del Uruguay. Por una parte, el sector conservador vinculado a los partidos tradicionales, los grandes medios de comunicación, la apertura económica y el acercamiento al FMI; por el otro, un Nosotros que hablaba de reforma agraria, patria grande, autonomía universitaria, hombre nuevo, nacionalización de áreas estratégicas de la economía y equidad social. Este segundo grupo, que comenzó a erigirse a mediados de la década del cincuenta y que fue silenciado en forma violenta con el golpe cívico militar de 1973, es al que denominamos generación del 60. Una generación que influenciada por las circunstancias

nacionales e internacionales, recuperó conceptos históricos de la tradición política uruguaya; resignificó los preceptos artiguistas, la propuesta sociabilizadora de Batlle y Ordóñez, el espíritu libertario y descentralizado de Aparicio Saravia, y la entrega total de Baltasar Brum.

Fecha de recepción: 21 de septiembre de 2018

Fecha de aceptación: 7 de diciembre de 2017

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aldrighi, C. (2009). Memorias de insurgencia. Uruguay: Banda Oriental.
- Benvenuto, L C. (1967). Breve historia del Uruguay. Argentina: EUDEBA.
- Benedetti, M. (1983). [1965]. Gracias por el fuego. Argentina: Nueva Imagen.
- Biagini, H. (2012). La contracultura juvenil. De la emancipación a los indignados. Argentina: Capital Intelectual.
- Bourdieu, P. (1990). "La «juventud» no es más que una palabra". En Sociología y cultura. México, DF: Grijalbo.
- Braungart, R y Braungart, M. (1986). Life - Course and Generational Politics. Annual Review of Sociology, 12: 205-231.
- Broquetas, M. (2015). La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966). Uruguay: Banda Oriental.
- Cardozo de Aguiar, J. (2010). "Yo vengo a cantar por aquellos que cayeron. Poesía política, engajamento e resistencia na música popular uruguiaia". Pós-graduação em História. Universidad Federal do Rio Grande do Sul. Brasil.
- Cavallo Quintana, M. (2011). Guerrilleras, la participación femenina en el MLN-T. Uruguay: Arca.
- Chaves, M. (2010). Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Chaves, M. (2005). "Juventud negada y negativizada: Representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea". Última Década, 23: 9-32.
- Costa Bonino, L. (1985). Crisis de los partidos tradicionales y movimiento revolucionario en el Uruguay. Uruguay: Banda Oriental.
- Donas, E y Milstein, D. (2002). "Producción artística, mediaciones y cambios sociales: reflexiones sobre la canción popular montevideana (1962-1999). Actas del IV Congreso Latinoamericano de la Asociación Internacional para el Estudio de la Música Popular. México.
- Ghiardo, F. (2004). "Generaciones y juventud: una relectura desde Mannheim y Ortega y Gasset", Última década, 20: 11-46.
- Guerra, J y López, B. (1972). "Los Olimareños: Dos voces que cantan la realidad americana". Así. Año XVIII. Nº 839: 28.
- Jacob, R. (1969). "Revisionismo y Nueva historia". Enciclopedia Uruguaya, 57: 136.
- Kropff, L. (2011). "Apuntes conceptuales para una antropología de la edad". Ava, revista de antropología, 16: 171-187.
- Landinelli, J. (1989). 1968: La revuelta estudiantil. Uruguay: Universidad de la República, Banda Oriental.
- Machado Ferrer, M y Fagúndez Ramos, C. (1987). Los años duros. Cronología documentada (1964-1973). Uruguay. Monte Sexto.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1998). "La construcción social de la condición de juventud". En: Cubides, H., Laverde, M.C y Valderrama C. (eds.). Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: Siglo del Hombre. Depto. Investigaciones, Universidad Central: pp. 26-46.
- Markarian, V. (2012). El 68 uruguayo. El Movimiento estudiantil entre molotovs y música beat. Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.
- Massera, J. (1960). "En torno a los problemas de la instrucción pública, la cultura y la ciencia". Estudios, 13/14: 132-141.
- Merenson, S. (2009). "Las marchas de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas. La producción ritual de una formación discursiva". Anuario de Antropología Social. Editorial Nordan: 71-88.
- Minello, N. (1976). "La militarización del Estado en América Latina: un análisis de Uruguay". Cuadernos de Estudios Sociales, 17: 3-41.
- Nahum, B. (1998) Historia uruguaya. El fin del Uruguay liberal. Tomo 8. Argentina. Banda Oriental y diario La República.
- Paternain, A. (1969) "Los nuevos poetas". Capítulo Oriental. Nº 39 (La historia de la literatura uruguaya): 609-624.
- Picún, O. (2010). "La música popular uruguaya: un movimiento renovador en épocas de represión". Perspectiva Interdisciplinaria de Música, 3: 33-44.
- Rama A. (1963). "Bienvenida a los jóvenes". Marcha (Segunda Sección), 1188:1-13
- Rama, A. (1972). La generación crítica 1939-1969. Uruguay: Arca.
- Rama, C. (1965). Sociología del Uruguay. Argentina: EUDEBA.
- Ramirez de Rossiello, M. (1968). "Enrique Amorim". Capítulo Oriental. Nº 27 (La historia de la literatura uruguaya): 417-432.
- Real de Azúa, C. (1969). "La clase dirigente". Nuestra Tierra. Año 1, 34: 2-60.
- ----- (1971). Partidos, política y poder en el Uruguay. Uruguay: Universidad de La República.
- Rey Tristán, E. (2005). La izquierda revolucionaria uruguaya 1955-1973. España: Universidad de Sevilla.
- Rodríguez Villamil, S. (1969). "Nuestra historia y los jóvenes". Enciclopedia Uruguaya, 57: 132-139.

- Ruiz, E y París, J. (1998). Ser militante en los 60. En: Barrán J P, Caetano G y Porzecansky, T (directores), *Historias de la vida privada en el Uruguay. Individuo y Soledades.1920-1990. Tomo III*, Montevideo: Taurus, pp. 267-29.
- Vommaro, P. (2014). Juventudes, conflictos y políticas en América Latina contemporánea: una aproximación desde los procesos recientes de movilización y organización juveniles. En: Schneider, A (Comp.): *América Latina hoy: integración, procesos políticos y conflictividad en su historia reciente*. Argentina: Imago Mundi, pp. 47-72.
- Vommaro, P. (2017), "Territorios y resistencias: configuraciones generacionales y procesos de politización en Argentina". *Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 82: 101-133.
- Yanes S, Marín C y Cantabrana M. (2017). *Papeles de Plomo*. Uruguay: Banda Oriental.
- Zubillaga Barrera, C. (1969). "Revisionismo y Nueva historia". *Enciclopedia Uruguaya*, 57: 136.